

# LOS MORISCOS EN LA MANCHA CASTELLANA Y SU ROMANCERO

Ensayo de Historia social y literaria sobre la minoría morisca y el desarrollo del Romancero morisco como género literario.

LEMA: RODRIGO FAXARDO

# “LOS MORISCOS DE LA MANCHA CASTELLANA Y SU ROMANCERO”

*Mira, Zaida, que te aviso  
que no pases por mi calle,  
ni hables con mis mujeres  
ni con cautivos bien trates.*

*“Peor lo sucedido a otro natural de un lugar de La Mancha, bien principal, que por su honor pasó en silencio; porque así como los buenos honran los Pueblos, así los malos los deshonoran y manchan con sus pecados. Éste, pues, se aficionó tan ciegamente de una Morisca de su tierra, que no dudó desterrarse della y de toda España por gozarla. Partió con ella junto a los moriscos desterrados y caminó con ellos a Berbería, dejando padre, madre, parientes, hacienda y posesiones; no por Cristo como lo aconseja el Evangelio sino por Satanás...”*

Claro y conciso texto, al hilo de la cuestión, que nos sirve de preámbulo a este ensayo de profunda *Historia Social* que pretende valorar el estudio de un Romancero Morisco propio de una minoría imbricada de lleno en esa caracterización religioso-jurídica y que, como tal, tuvo que afrontar los graves y constantes problemas de esa pluralidad étnico-religioso-cultural de la sociedad hispánica del medioevo en uno de los hechos más esenciales con que hay que contar para el completo estudio de nuestra historia.

La determinación del grupo étnico, en el caso de los moriscos se hace, en gran parte, a base de criterios religiosos. Criterios de una índole muy particular y distintos, hasta cierto punto, de los que sirvieron para distinguir a los mudéjares (que, en parte, fueron sus antepasados) y a los mozárabes, que vivieron antes todavía y en una situación inversa.

La tolerancia religiosa no es, sin embargo, “flor” que en principio podamos considerar propia de un medio sentimental y consuetudinario como el medieval. Estudiando la historia española, no obstante, resulta paradójico comprobar (primera de las paradojas con que hemos de encontrarnos a lo largo de cualquier estudio que se haga sobre el tema) que sean los tiempos nuevos los que vengán a romper con aquel principio, imponiendo el de la unidad religiosa –aun a fortiori- como esencial, junto con otros, de toda unidad nacional.

Paradójico sería también, la controversia generada en el estudio conceptual que los propios textos literarios, tanto los políticos y religiosos como los propiamente lingüísticos nos aportan, donde el contrasentido siempre lo definió el particular modo de visión que de esa minoría, igual que de otras, se tenía. Abundan –en efecto- aquellos textos que hacen clara referencia a los usos y costumbres de los moriscos, acerca de los cuales corrían multitud de chascarrillos. *“En muchos casos se roza la villanía, porque cuando se trata sobre ellos, todos los desprecios son pocos, haciéndose hincapié en su incultura, en lo “bajo” de los oficios a que se dedicaban y en su brutalidad o rusticidad que daban lugar a muchos chascarrillos en los que, sobre todo, se hacía ver ésta por su falta de fe cristiana y los modos de demostrarla”* (Esteban de Garibay).

Pero cierto es, que el problema morisco tan enraizado en la cultura cristiana del momento, albergó su propia identidad cultural que, bien estudiada, enriqueció el panorama literario del Romancero castellano. De ahí ese contrasentido elevado al hilo de la paradoja por cuanto una minoría que hablaba en “algarabía” y se expresaba en “aljamía” pudo ofrecer esa singularidad especial de un Romance morisco, aceptado y admitido en el contenido cultural de siglos posteriores con ese profundo personalismo que le definiera.

El saber *algarabía* era, pues, un signo de pureza de estirpe confiándose más en aquel que lo hablaba:

...hablóme en algarabía  
como aquel que bien lo sabe.

“Pues saber hablar en árabe ofendía al cristiano viejo, de neta habla castellana pero de poca cultura y, no solo por hablar en ella se distinguía al morisco, sino también hablando *aljamía*, es decir, una lengua romance por la que se percibía su acento y pronunciación espaciales”.

Lope de Vega lo hace notar en varias ocasiones:

Morisco me ha parecido  
y aun en el habla también.

Él tiene de moro el gesto  
y aún lo parece al hablar.

Si supiera algarabía  
hablara a vuesa merced.

Y ello, me lleva a entender que esta minoría, la morisca y su interrelación, es uno de los hechos más atractivos y, sin duda, crucial para entender la vida, la sociedad, la religiosidad, la economía y la cultura española del siglo XVI e incluso, parte del XVII. Un grupo marginado, tanto étnica como culturalmente, es un instrumento idóneo para la comprensión determinada en un espacio y un tiempo concretos. Si a esto añadimos que esta minoría fuese objeto de una peculiar visión literaria dentro del romancero castellano y, por ende, español, queda claro el porqué de un ensayo que aborde con sutileza y rigor este contenido.

La caracterización religioso-jurídica que nos dan teólogos y magistrados, los mismos procesos inquisitoriales y los censos, se unen a un intento sistemático de caracterización literaria, debido a hombres de categoría muy distinta: desde autores de muy poca valía a hombres como Cervantes o Lope de Vega. Esta caracterización tendrá facetas muy variadas e irán desde lo terrorífico y diabólico a lo burlesco, pasando por lo que puede considerarse como objetivo descriptivo, mejor o peor observado. Ahí está gran parte del enfoque de este trabajo y, sobre todo, la particularidad personalista que generará el trato literario dentro del Romancero, género popular y costumbrista de nuestra España medieval y moderna.

*Llamaba el moro a Mahoma,  
pero no le daba oídos,  
que estaba haciendo buñuelos,  
con tres o cuatro moriscos.*

(Lope, Obras, IV, acto I)

#### **A MODO DE INTROITIO**

El Romancero ha sido considerado como una de las aportaciones más originales de la literatura española. Como es bien sabido, el Romancero Nuevo que se desarrolla en los dos últimos decenios del siglo XVI, es obra de poetas cultos que publicaron sus composiciones como anónimas, enlazando después con el Romancero Viejo por esa voluntad de anonimia, que confiere a los nuevos romances carácter de poesía colectiva. Dentro de este Romancero Nuevo, los temas dominantes eran el morisco, el pastoril y el histórico.

En el siglo XV, el romance comienza a despertar interés literario, un poco más en Aragón que en Castilla, donde Santillana y Mena critican esta forma poética como poco culta, relegada a los cantos de campesinos; otros cronistas como el Canciller de Ayala o García de Santa María, al darse cuenta del interés histórico que podían tener, decidirán introducirlos en sus crónicas como fuentes, dándoles así un impulso fundamental.

En los últimos años del XVI, concretamente hacia 1580, se iniciará otra nueva etapa en los romances donde una serie de publicaciones servirán como fuentes del Romancero General. Intervienen en estas antologías, generalmente como anónimos, escritores como Cervantes, Góngora, Lópe, Vargas, etc. El tema morisco se había iniciado en el siglo XV a causa de los problemas fronterizos del Reino de Granada (romances fronterizos) y el tema histórico basado en los romances viejos, será ahora cuando vuelvan a aparecer con otras variantes y aludiendo a temas de convivencia entre ellos y los cristianos.

Vamos a tratar aquí el género morisco dentro del Romancero Nuevo, su génesis y su contenido analizado desde distintos puntos de vista, reafirmando su valor dentro del contexto literario español y, sobre todo, temáticamente, en el que “el trato a la mujer” y “el tema amoroso” tendrán un alto contenido descriptivo dentro del entramado social de la época.

Quizás, el aspecto fronterizo, ya comentado, serviría como móvil fundamental a la hora del trato geográfico y, no hay duda, que la propia ciudad de Granada con sus especiales condicionantes, va a ser elemento básico de este canto literario de la sociedad mora, imbricada en mayor o menor manera, con la sociedad cristiana del momento.

En la Mancha o, en gran parte de esta Castilla Baja, las comunidades mudéjares (\*) que quedaron después de la Reconquista alcanzaron un cierto protagonismo, que se acentuaría con la llegada de grupos numerosos de los llamados “moriscos” o cristianos nuevos de moro, una vez llevada a cabo la pacificación de las Alpujarras y su posterior deportación masiva. Así, desde ese momento y hasta el final de las diferentes expulsiones, este colectivo compartió con la sociedad cristiana de estas extensas comarcas, todos y cada uno de los aspectos propios de una convivencia normal.

---

(\*) Mudejar: musulmanes “moros”, que vivirán en territorio gobernado por cristianos conservando su religión musulmana.

Las relaciones familiares de esta minoría morisca, el trato de vecindad, la ubicación dentro de la estructura edificada de los núcleos urbanos, las específicas profesiones, el cumplimiento religioso con mayor o menor exigencia, el recelo de la comunidad judía y cristiana, el folclore, los hábitos y costumbres, el trato con las autoridades y el papel desempeñado por la mujer mora, fueron motivos fundamentales para ocupar parte de un romancero singular y personal que tendría derecho propio a esa calificación literaria de Romancero morisco.

La mujer jugó un papel primordial como eje central en muchos de los cantos del Romancero y máxime en un momento en que su figura era, hasta cierto punto, vilipendiado y maltratado por esa sociedad machista de fuerte corte ancestral. Aquí, la mujer mora de cabellos rubios simboliza la carga sentimental y telúrica entre la evolución histórica del momento y ese fuerte carácter, dominante y guerrero, del hombre medieval.

Y las moriscas mujeres  
torciendo las blancas manos  
alzando al cielo los ojos  
a voces dicen llorando:  
¡Ay de mi, esta vida mía!  
¡ay de mi hogar olvidado,  
ay de esta suerte la mía,  
ay de verdad mi pecado!

Mucho se ha escrito del tema morisco y sobre todo, respecto al problema de la expulsión como motivo de polémica entre paladines de la tolerancia y numerosos



escritores católicos propensos a justificar esta grave medida. A las severas críticas de autores españoles y extranjeros del siglo XIX y los comienzos del XX han respondido otros que, como apologías, han defendido el fondo de la cuestión como clave social de necesidad para una España determinante. Destaca en este segundo grupo Menéndez Pelayo y Boronat, esencialmente.

Sin embargo, no es mi pretensión hacer un nuevo estudio sobre el tema, ahondando en una u otra dialéctica, sino simple y llanamente, analizar la aportación de esta minoría al Romancero Español, entendiendo que la complejidad de su entramado y convivencia social fuese determinante para considerar un género específico como tal con una estructura de fuertes diferencias. No pretendo tampoco describir una sociedad, sino recoger aquellos aspectos de la misma, tales como su número y su localización geográfica, que nos ayuden a encontrar las razones de su implicación literaria.

Por otro lado, el análisis de los grupos mudéjares antes de la conversión y las situaciones provocadas por la guerra de las Alpujarras y su deportación hacia el centro de la península, obligando a establecimientos nuevos en localidades urbanas y algunos centros rurales, va a provocar una nueva forma simbiótica de convivencia obligada, acelerando ese proceso de sospecha y rechazo entre la comunidad cristiana que los había recibido.

Ello quedará profundamente reflejado en la literatura y en su valoración está el contenido de este trabajo que, sin ambicionar realidades contrapuestas, abre una interpretación nueva a un contenido esencial de nuestro pasado. Dos partes conforman un todo, abierto a la polémica y expuesto al diálogo, en el que se nos permita conocer algunos aspectos novedosos de nuestra propia configuración general de la sociedad que ahora compartimos y que necesitó de numerosos elementos contractuales de un rico pasado. Literatura e historia; historia y literatura.

**“Mas consigue dulzura que violencia”**

***La Fontaine***

*Para realizar un adecuado estudio del Romancero morisco es necesario abordar con cierta intensidad el propio problema del asentamiento en toda la extensión geográfica peninsular porque de ello, se deducirá, la mayor o menor influencia de esta minoría y su cultura literaria dentro del propio Romancero General. No hay duda de que el reparto de los moriscos granadinos por Castilla la Nueva y la Mancha va a ser determinante para esa configuración y en ello, encontraremos los condicionantes y los elementos de su estudio, ya que el Romancero morisco surge entre los años 1575 y 1585, una vez sofocada la rebelión de las Alpujarras y llevados a cabo los primeros asentamientos. Es curioso que la citada rebelión fomentara la aparición de una moda literaria –el Romancero morisco- y no, como era de esperar, acabara con ella. Esta sublevación supuso, desde el punto de vista literario, la vuelta a Granada como tema de la literatura, y desde su perspectiva histórica, el recuerdo de los hechos heroicos, la poetización del enemigo y un nuevo despertar del afán nacionalista.*

*Por otro lado, el análisis de elementos estructurales de su propia cultura tales como el vestido, las celebraciones, las costumbres, las características definidoras de su religión de origen, la vida familiar, el trato a las mujeres, sus escritos religiosos y su manifestaciones sociales, pueden y deben ayudar a entender ese género morisco dentro del Romancero General que ha hecho de sí mismo, una importante manifestación literaria española.*

## I.- EL PROBLEMA MORISCO EN LA MANCHA CASTELLANA.

*“La historia hispánica, al menos en lo esencial, es la historia de una creencia y de una sensibilidad religiosa.”*  
Américo Castro.

La historia profunda de España, tan difícil de desentrañar como sus aguas subterráneas, es la del destino entremezclado de sus religiones fraticidas; la cristiana, recubriéndolo todo con su brillo y sus fastos, pero tan complicada; la judaica, tenaz, compleja ella también y por último, la islámica, la más difícil de percibir y sin embargo tan viva.

Es, sin duda, ésta última la que, cuando sale de la sombra, encarna como todas las otras religiones un universo que es a la vez una manera de vivir, de pensar, de esperar y que, en nuestra España, desde tiempos de reconquista, si cabe un poco anterior, tiempos de arrianismo, generó esa fuerte querella, siempre latente, entre cristianismo y mahometismo, querella no solo religiosa sino cultural, que a su vez entraña una fuerte y singular aventura inacabada y ahora, en tiempos nuevos, volviendo a ocupar el plano de la más viva realidad, porque la historia tiende demasiado a repetirse.

La España del siglo XVI, momento en el que cristianos y musulmanes estuvieron en contacto directo, constituye un terreno privilegiado para la polémica islámico-cristiana. Cristianos viejos y moriscos (cristianos nuevos de moro) reaccionan, los unos respecto a los otros, no solamente en nombre de la razón, sino también bajo la

presión de factores afectivos unida a los acontecimientos políticos. Normalmente el estado de tensión entre ambas comunidades encontrará su expresión a través de una literatura polémica que, aunque en ocasiones aborda temas teológicos, en general, será de tipo panfletario, caracterizándose a la vez por una argumentación concisa y una ausencia total de consideración hacia el adversario. De esta manera, y ya que no pueden dominar ni asimilar el campo contrario, manifiesta toda su hostilidad. Esta literatura se nos aparecerá, pues, como la expresión de una dialéctica de ruptura: al *Antialcorán* de Bernardo Pérez de Chinchón corresponderán diversas apologías contra la religión cristiana.

El problema morisco, tanto la guerra de las Alpujarras como la expulsión, es uno de los temas más repetidos en la literatura y en la historiografía de los siglos XVI y XVII. Estos cristianos nuevos suponen un elevado contingente de población dentro de la realidad hispana del llamado Siglo de Oro, lo que justificará sin duda ese interés. Junto a este factor hay que recordar la coyuntura internacional por la que entonces atravesaba el imperio español, la condición religiosa de los miembros de la minoría y la peculiar configuración de la sociedad en tiempos de Felipe II.

La intitulación de “morisco” surge después del edicto de conversión forzosa propuesto por el cardenal Cisneros en 1502 y esta denominación englobará diferentes grupos de divergente situación. En primer lugar, se encontrarán los moriscos de la Corona de Aragón con una división entre aragoneses, que son vasallos del señor asentados en las zonas fértiles del Valle del Ebro, y los valencianos, contingente compacto y predominante en el antiguo Reino del Turia. Un segundo grupo englobaría a los moriscos castellanos procedentes de los antiguos mudéjares, asimilados casi totalmente a la forma de vida cristiana, y que gozaban de una gran libertad de

movimiento (se ha pensado que el desarrollo de la arriería castellana del siglo XVI se debería al gran número de moriscos que la practicaban). El último grupo estaría formado por los moriscos andaluces, que continuarán viviendo en sus hogares de origen después de la conquista del reino de Granada en 1492. Éstos, formaban una población eminentemente musulmana en sus costumbres, creencias y formas de vida. Los granadinos se sublevarán por primera vez en el año 1500, claramente motivados por la política intransigente de Cisneros.

Esta minoría empezará a tomar partido claro en los conflictos interiores en esos primeros años del emperador Carlos V, cuando los castellanos se aliarán con el patriarcado urbano en la guerra de las Comunidades o, en las Germanías, momento en el que se aliarán al lado de los señores. Para entender este comportamiento hay que recordar que los moriscos valencianos constituían la base del sistema señorial y recibían por ello un trato diferente al de los cristianos viejos.

**La convivencia.** Durante el reinado del Emperador la tolerancia será la base de la convivencia entre las dos culturas antagónicas, pues aunque se dictan pragmáticas que prohibirían los usos y formas de vida islámica de los propios moriscos, nunca se llevarían a la práctica.

Pero el ambiente empezará a hacerse demasiado hostil con la llegada de Felipe II y los problemas berberiscos en el Mediterráneo. Las disposiciones intransigentes contra ellos en cuanto al uso de la ropa y de su lengua provocarían la guerra de las Alpujarras, uno de los momentos más crueles de la historia de España, ya que además de ser guerra civil aparecerá impregnado de un fuerte fanatismo religioso que dejará huella profunda y constante.

Una vez consumada la derrota de los sublevados se piensa en su asentamiento en Castilla para evitar futuros peligros; F. Baudel piensa que la deportación de los moriscos granadinos a Castilla y a La Mancha no hizo más que extender el problema latente a otras zonas que hasta ese momento no habían sido afectadas. La convivencia comenzó a hacerse mucho más difícil y las tensiones aumentaron entre las dos comunidades incrementando con celeridad el número de procesos inquisitoriales.

Ya en aquellos tiempos escribían de tal manera (poesía de Alvar Gómez de Castro):

Nacer, morir, sembrar, coger  
es natural porfía  
mas lid, vencer, aver tener buena muger  
es en el alto poder  
de la gran soberanía.

Bien como la piedra balxa  
que en sí no tiene carcoma  
tal es la tu cara axa  
cruda lanza de Mahoma  
que mi entrañas raxa.

Dicen que en las puertas de Fez, está escrito:

Quien de Fez sale, ¿dónde irá?

Quien trigo vende, ¿qué comprará?

**La población morisca en el reino de Castilla** no permaneció estable aunque si lo fuera en los estados de la corona de Aragón. El desplazamiento masivo de los habitantes del reino de Granada ordenado por Felipe II en 1570, trastocó su repartición geográfica. Convendría pues separar muy claramente ambos periodos, anterior y posterior a esta fecha, y ello tanto más cuanto que los datos de orden demográfico faltan por lo que respecta a la primera, mientras que abundan en el caso de la segunda.

Está claro que la cuestión morisca surgió a primeros de siglo, como consecuencia de esa nueva política de intransigencia religiosa adoptada por los Reyes Católicos.

Durante casi tres cuartos de siglo, de 1502 a 1570, la masa de los nuevos conversos se dividirá en dos grupos completamente distintos, por una parte los antiguos mudéjares, diseminados por Castilla, por otro, el bloque compacto de los granadinos.

Han sido muy bien estudiadas la organización social y la condición jurídica de los mudéjares de Castilla en la Edad Media. Se conoce bastante bien su reparto geográfico: por ejemplo en nuestro marco jurisdiccional objeto de estudio, se sabe que entre 1475 y 1480 había importantes aljamas de mudéjares en Guadalajara, Toledo, Ocaña, Talavera y Campo de Calatrava. Así mismo, los documentos de la Inquisición procedentes del siglo XVI nos revelan la existencia de comunidades mudéjares en Cuenca, en Campo de Calatrava y en el valle de Ricote.

Sin embargo, hasta el momento de la expulsión en 1610-1611 no se va a disponer de cifras, hecho que nos determina que no era considerada por el gobierno castellano como una minoría peligrosa. Pero la Reconquista fue bastante más dura en las tierras castellanas que en las tierras de Aragón y generó grandes despoblados y duros combates. A lo largo de todo el siglo XII, cristianos y musulmanes se disputarían amplias zonas de Extremadura y toda la extensa Mancha con resultados felices y

desdichadas. Las Órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara intervendrían activamente en estas disputas y a su vez, en la repoblación de esas amplias zonas.

Aunque en casi todos los territorios castellanos y de la Mancha los musulmanes fueron expulsados hay excepciones muy claras, como el caso de Toledo, donde Alfonso VI permitió seguir residiendo a los musulmanes avecindados y lo mismo en Cuenca, donde el Fuero aplicado era muy ventajoso para ellos.

Lo cierto es que la historia de los mudéjares de Castilla y de la Mancha castellana durante la Edad Media sigue aún rodeada de misterio. Lo que hay de verdadero es que, en el momento en que, resignándose a la conversión oficial, adoptan el nombre de moriscos, no constituyen más que una escasa minoría dispersa en una amplia extensión.

Pero, no sucederá lo mismo con los moriscos granadinos, los cuales formaban un bloque compacto. Cuando se produce la expulsión, después de la rebelión de 1568, en casi todos los lugares del reino granadino la población musulmana será expulsada, excepto en Granada donde se aprovecharán de una capitulación ventajosa, cuyas cláusulas serán respetadas. En primer lugar, el 23 de junio de 1569, el rey Felipe II redacta el Decreto de expulsión y unos 3.500, entre los 10 y los 60 años, fueron expulsados; la mayoría fueron a establecerse a la Mancha: en el Castellar, Villamanrique, Valdepeñas, Ciudad Real y Almagro. Esto no fue más que una especie de ensayo general de lo que sucedería unos años después.

En 1570, la expulsión será masiva, siendo unos 150.000 según los cálculos estimados.

Unos diez años después de la repartición, sintió el gobierno la necesidad de elaborar unas nuevas listas de moriscos y se hacen las primeras en 1581 aunque, por



imprecisión, se vuelven a repetir en el año 1589. De esta manera observamos los siguientes datos de interés y aunque no muy segura esta relación e interrogatorio, aparecerán las siguientes cifras: El arzobispado de Toledo, cuyo territorio era muy extenso, cuenta con 15.263 granadinos y el obispado de Cuenca con 2.158.

El 29 de noviembre de 1588 el cardenal de Toledo denunciaba el peligro morisco en Castilla; *“habían hecho éstos de la ciudad imperial su alcázar y fortaleza.”* Para evitar toda sorpresa era necesario conocer el número total de moriscos y ello determina la realización del censo de 1589. Realizado el mismo, se observaría un descenso en algunas diócesis como era el caso de Zamora y Burgos y, sin embargo, un aumento considerable en la Mancha, en el Priorazgo de Uclés concretamente, en la diócesis de Cuenca y en comarca toledana.

Desarraigados los moriscos granadinos se habían convertido en una población flotante, demasiado libre a pesar de las leyes que pretendían limitar sus idas y venidas, presentes en todas las grandes ciudades y que ocupaban mucho sitio en ellas. En consecuencia, la opinión pública se volvía cada vez más hostil, y lo que es peor, ésta acababa por englobar en el mismo odio a los antiguos “mudéjares”, que tan fácilmente habían sido soportados en el pasado.

Por ejemplo, testimonios documentales que bien justifican este comentario podríamos sacarlos de los interrogatorios realizados como consecuencia de la elaboración de los Censos. En el de 1589, el prelado de Cuenca decía: *“no se puede tener el cuidado que se tenía en el reino de Granada donde los curas no atendían a otra cosas y aquí viven con más libertad que allí vivían. Se teme y se sospecha que hacen ceremonias y hasta con más libertad que tenían en el reino granadino porque los curas,*

*clérigos, sacristanes y cristianos viejos que vivían entre ellos custodiaban y hablaban los más muy bien el algarabía y andaban con cuidado mirándolos.”*

Entre los moriscos afincados en La Mancha encontramos algunos “gacis” que eran aquellos descendientes de esclavos y en gran parte procedentes de África y que habían formado parte del ejército como guerreros hábiles. Éstos se afincaron más en los lugares limítrofes al litoral, tales como la Manchuela albacetense. De mudéjares antiguos quedaban pocos, en gran parte, dedicados a labores artesanas y ya bastante imbricados en la población cristiana. Sin embargo, el mayor problema lo presentaban los llamados “tagarinos”, aquellos llegados del sur de Aragón y que se habían establecido en el centro de la meseta castellana, concretamente en la parte alta de La Mancha. Se dedicaban, sobre todo, a las actividades comerciales y al haberse criado entre cristianos viejos, sabían bien la lengua castellana y al mismo tiempo, la suya. Cervantes en el Quijote los cita como moriscos procedentes del reino de Aragón, siendo alguno de ellos “tornadizos”.

La llegada de los moriscos granadinos, después de la expulsión de aquel reino hizo que la agricultura manchega mejorase en su rendimiento. La fama como horticultores era grande y siempre se les consideró en esa actividad como muy superiores a los cristianos viejos.

El “huertano” morisco es figura que sale en la literatura como sucede en “El coloquio de los perros” de Miguel de Cervantes y destacará hábilmente en esta actividad, pues éstos tenderán a tener bien labradas las tierras que recibían o en las que trabajaban, llenas de gran variedad de árboles. Bleda sostiene que el cristiano viejo era un labrador más vigoroso que el nuevo, mientras que Navajero afirma que nunca un cristiano viejo podría igualar a uno nuevo en el trato del campo, opinión mucho más generalizada.

Los moriscos afincados en la Mancha, al igual que en el resto del reino, tendrán tendencia a acaparar “oficios bajos y mecánicos”, especialmente aquellos de los cuales dependerá el avituallamiento de las ciudades, tales como verduleros, aguadores, taberneros, panaderos, carniceros, revendedores de productos agrícolas, artesanos, tejedores, sastres, zapateros, alpargateros, colchoneros, cordeleros, herradores, carpinteros, albañiles y caldereros, porque siendo de este tipo, profesiones de viajar como muleteros, tienen mayor libertad para hacer sus prácticas y contactar con sus gentes.

---

**Localidades de La Mancha y de la Castilla Baja con Aljamas mudéjares antes del siglo XV:**

Molina; Brihuega; Guadalajara; Almaguera; Hita; Alcalá de Henares; Escalona; Maqueda; Alfamín; Aceca; Illescas; Ocaña; Toledo; Talavera; Alarcón; Cuenca; Villaescusa de Haro; Requena; Alcazar de San Juan; Alcaraz;

**Aljamas rurales antes del siglo XV:**

Almodóvar; la Habanilla y Val del Ricote.

**Aljamas en el siglo XV:**

Escalona; Alcalá; Toledo; Guadalajara; Hita; Ocaña; Gumiel; Almodóvar.

---

**MORISCOS DEL REINO DE CASTILLA**  
**CENSOS DE 1581 Y DE 1589 (En número de personas)**

---

Obispos	1581	1589	Esclavos
Priorazgos			
Uclés (Priorato)		1.840	
Cuenca	2.158	2.405	23
Toledo	3.032		
Ciudad Real	3.263		
Talavera	399		
Alcaraz	640		
Escalona	315		
Ocaña	2.132		
Maqueda	161		
Yepes	358		
La Guardia	170		
Alcalá	1.300		
Pastrana	1.536		
Uceda	267		
Salamanca	167		
Almoguera	9		
Hita	11		
Alcolea	19		

**CASTILLA LA NUEVA Y LA MANCHA (La primera cifra se refiere a 1581 y la segunda, a 1589)**

CUENCA

Alarcón	2	-
Albaladejo del Cuende	7	-
Alberca de Záncara	20	24
Alcohuja	-	2
Almendros	-	3
Almonacid Marquesado	-	1
Barajas de Melo	-	18
Barchín del Hoyo	70	22
Belinchón	-	2
Belmonte	35	28
Belmontejo	11	13
Buenache Alarcón	80	59
Buendía	-	2
Canalejas del Arroyo	-	8
Cañada del Hoyo	7	1
Cañavate	62	75
Cañaveras	11	7
Cañete	-	49
Caraceniella	2	-
Carrasposa del Campo	-	17
Castillejo Romeral	-	3
Castillo Garcimuñoz	5	-
Cuenca	108	32
Fuente Pedro Naharro	-	11
Garcinarro	-	6
Gascas	42	70
Gascueña	-	5
La Hinojosa	2	-
Honrubia	2	5
Huete	314	363
Iniesta	132	-

CIUDAD REAL

Almoradiel	-	62
Campo Criptana	-	172
Chillón	6	-
Hinojosa Calatrava	-	69
Horcajo Montes	-	19
Pedro Muñoz	-	67
Socuéllamos	-	170
Villamayor Calatrava	-	128

GUADALAJARA

Cifuentes	-	20
Checa	-	1
Pareja	1	-
Sigüenza	-	1
Valhermoso	-	1

TOLEDO

Cabezamesada	-	30
Corral Almaguer	-	261
Quintanar Orden	-	265
Santa Cruz de la Zarza	-	128
El Toboso	.	138
Villa de don Fadrique	-	21
Villanueva Alcardete	-	148

ALBACETE

Albacete	462	-
Almansa	14	-
Chinchilla	83	-

Leganiel	7	8	La Gineta	14	-
Las Mesas	26	40	Hellín	144	-
Mohorte	1	-	Letur	25	-
Montalbanejo	1	1	Tarazons y Tabarra	42	-
Mota del Cuervo	-	162	Olmedilla de Alarcón	21	14
Parra de las Vegas	4	-	Palomares del Campo	-	2
El Pedernoso	24	27	Las Pedroñeras	78	62
Priego	64	73	El Provencio	-	2
Puebla de Almenara	1	3	Rada de Haro	70	132
Ribagorda	-	1	Rozalén del Monte	-	8
Saelices	5	-	Salmeroncillos	-	1
San Clemente	164	236	San Lorenzo Parrilla	122	-
Santa María del Rus	2	-	Sisante	-	7
Sotos	1	-	Tarancón	-	47
Tinajas	-	13	Torralba	-	2
Torrejuncillo del Rey	38	22	Torrubia Campo	17	-
Torrubia del Castillo	1	-	Tribaldos	15	13
Uclés	76	57	Valdeolivas	1	-
Valeria	1	-	Valhermoso de Fuente	-	6
Valverde del Júcar	88	92	Vara del Rey	60	73
Vellisca	4	-	Villaescusa de Haro	149	128
Villalba del Rey	-	4	Villar del Infantado	1	-
Villarejo de la Peñuela	-	4	Villares del Saz	-	5
Vaillarubio	-	4	Carrascosilla (Aldea)	6	-
Congosto (Aldea)	4	-	Nohales (Aldea)	4	-
Torre del Monje	-	58	Varas (Aldea)	22	-

---

**TOTALES:**

<b>Albacete</b>	<b>784</b>	<b>0</b>
<b>Cuenca</b>	<b>2148</b>	<b>2313</b>
<b>Ciudad Real</b>	<b>6</b>	<b>687</b>
<b>Guadalajara</b>	<b>1</b>	<b>23</b>
<b>Toledo</b>	<b>0</b>	<b>961</b>

---

TOTAL EN LA MANCHA Y LA CASTILLA BAJA:

2939 3984

### **Las expulsiones, los regresos clandestinos y el momento final.**

Después de las expulsiones de 1610 y 1611, el siguiente año transcurriría sin llevarse a cabo ninguna más, sin embargo, el gobierno tuvo que extremar el rigor con esta comunidad que, en número bastante elevado, volvía a Castilla. Es, en el Campo de Calatrava donde este movimiento fue más intenso. Los moriscos de esta comarca que comprendía cinco villas: Almagro, donde residía el gobierno, Villarrubia de los Ojos, Daimiel, Aldea del Rey y Bolaños, eran en su mayoría moriscos “antiguos” que habían abrazado la religión cuando la conversión general de 1502, obteniendo así un privilegio de los propios Reyes Católicos. Habían seguido viviendo en barrios separados con su justicia particular, ejerciendo oficios distintos de los desempeñados por los cristianos viejos, pero sin pagar la “farda”, es decir, el impuesto establecido para ellos. Por otro lado, habían conseguido ser excluidos del Edicto del 10 de julio de 1610 e igualmente solicitaron la misma exención para el Edicto del 28 abril de 1611, aunque en este caso no lo conseguirían.

Los moriscos granadinos de esta región de la Mancha partieron hacia finales de 1610 por el puerto de Cartagena, donde se relatan hechos curiosos como el protagonizado por un grupo procedente de las poblaciones de Almagro, Daimiel y el Viso que después de embarcar en un navío siciliano, llegarían a tierra empujados por fuertes vientos y embarrancando en la costa de Alicante.

A pesar de ser transportados hacia Francia, aprovechando la confusión reinante, muchos volverían hacia sus lugares de origen, como es el caso de los 750 que habían vuelto a Villarrubia de los Ojos. El gobernador de Almagro escribía al Consejo Real que muchos moriscos vagaban sin rumbo por los campos y ya era el mes de octubre. Dos años más tarde se estimaba que las tres cuartas partes de los moriscos de Almagro habían regresado a sus hogares, igualmente en Daimiel donde regresaron unos 250; en Aldea del Rey sólo faltaba una familia; las cárceles rebosaban, “...*el gobernador de Almagro escribía que las cárceles están llenas de moriscos y ya no se quiere prender a más por lo costoso que supone tenerlos allí.*”

En otras zonas, como era el caso de Guadalajara, Val del Ricote, Pastrana, Campo de Calatrava, Priego, Cuenca y otros, más de la mitad había regresado a sus antiguas residencias.

Pero el 9 de octubre de 1613, el rey Felipe III firmó el esperado Edicto y dio la orden general de la expulsión definitiva. Después de tantos y tantos problemas el proceso se agravó y los últimos días de la expulsión general dieron lugar a escenas sorprendentes, viéndose concluir matrimonios precipitados entre cónyuges moriscos y cristianos viejos y el 2 de febrero de 1614 el conde de Salazar informaba al rey de que la expulsión se podía dar como concluida definitivamente.

Y muchos de los moriscos  
antes de ser embarcados,  
dejaron muy ricas mandas  
a lo templos señalados.  
Hubo entre ellos mercader  
que en San Julián es nombrado,  
que a la Virgen de la Iniesta  
dejó cuatro mil ducados.

(Gaspar de Aguilar, página 191)

Este curioso romance en el que aparece la Virgen de Iniesta puede hacer clara alusión a los que habitaron las tierras de La Manchuela castellana, muy dados a venerar a esta imagen que diese nombre a la localidad conquense actual de Iniesta.

Unos llevan canastos, otros cestas  
con los más importantes bastimentos.  
Cualquiera de los pobres lleva a cuestas  
mecánicos y humildes instrumentos  
del oficio que tiene, porque espera  
que ha de poder bivar adonde quiera.

(Gaspar de Aguilar, a los moriscos de Castilla)



## II.- EL ROMANCERO MORISCO DENTRO DE LA LITERATURA.

*“Quién juzga lo que no entiende,  
claro está que juzga mal”*

### **La Literatura de los Mudéjares de Castilla en este periodo.**

Antes del reinado del conquistador de Toledo, Alfonso VI, no encontramos trabajos literarios entre los árabes sometidos como consecuencia de su significación social bajo los cristianos. Sin embargo, en la propia corte toledana se conservaba una fuerte tradición de literatura aljamiada donde la lengua latina alternaba con el idioma arábigo, usado también por los propios cristianos en sellos y cifras. Entre los grandes escritores árabes del momento destaca el gran poeta e historiador de Guadalajara, Al-Hixari, el cual escribió gran parte de su obra encontrándose cautivo entre los propios cristianos, así como el toledano Al-Sanri quien, con antelación al año 1077, ya iniciara su prolífica obra literaria.

La existencia de una escuela toledana de alta producción literaria durante el siglo IX queda perfectamente constatada en los documentos de época, así como la asimilación de la misma en los reinados de Alfonso VI, Fernando y de su propio hijo, manteniendo de esa manera la cultura literaria entre los mudéjares de Uclés, Guadalajara, Talavera y otros lugares del reino.

Cuando se produce la conquista es difícil conocer qué escritores árabes se van a incorporar a la sociedad castellana y quiénes decidirán emigrar a Extremadura y Andalucía.

A los dos grandes escritores citados anteriormente, deberíamos añadir el escritor Al-Togibi, afincado en Uclés, cuya obra “Comentario á la Llama” sirvió para muchos correligionarios como el libro de meditación por excelencia.

La llegada al trono de Alfonso VII potenció, si cabe, el desarrollo literario de los mudéjares castellanos. En virtud de su tolerancia florece en Guadalajara el ilustre literato ben Muhammad conocido por “el Gramático”, así como también el escritor de viajes Al.Guachah Nafij.

No deja de llamar la atención en la literatura árabe-mudéjar de esta época la importancia creciente de los maestros hebreos como depositarios de la ciencia árabe, importancia que sube de punto en la segunda escuela toledana.

### **Los manuscritos aljamiados.**

Cuando se descubrió en Almonacid de la Sierra toda una biblioteca morisca permitió conocer un tipo de literatura singular. La costumbre de escribir en aljamiado comenzó mucho antes de la toma de Granada y tomarían el relevo de los manuscritos en árabe al faltar conocimientos suficientes de la propia lengua por parte de los alfaquíes (incluso los moriscos de las regiones en las que todavía se hablaba árabe en el siglo XVI, eran incapaces de comprender los textos escritos en árabe literario).

Pero, ¿por qué conservar los caracteres árabes? Podría verse en ello un reflejo de defensa frente al proselitismo cristiano; por deseo de disimulo, quizá, y sobre todo por necesidad de conservar, al menos, la caligrafía del texto sagrado, último vestigio de la cultura islámica. En efecto, si la instrucción religiosa de los moriscos no fue emprendida sistemáticamente hasta el siglo XVI, el deseo de convertir fue muy vivo desde el comienzo de la reconquista. Uno de los más antiguos documentos conocidos a este

respecto es una respuesta –muy condescendiente- enviada hacia 1078 a un “monje de Francia” sin duda cluniacense, respuesta provocada por dos cartas cristianas misioneras.

Por otra parte las controversias religiosas conducidas por iniciativa cristiana con el fin de convertir a judíos o musulmanes fueron manifestaciones normales en la España medieval.

Aunque es difícil encontrar la fuente directa de estos textos aljamiados hay que reconocer que son estrechamente tributarios de las obras árabes tradicionales del mismo género; por lo tanto, no es en la originalidad donde radicará el interés de su estudio, sino más bien en el descubrimiento de normas de pensamiento habituales de los moriscos. Las leyendas y los devocionarios junto con los textos jurídicos integran lo esencial de la literatura aljamiada; los manuscritos de polémica son poco numerosos. Por otra parte, casi todos se encuentran en muy mal estado y se reducen a algunas páginas de lectura difícil.

El ejemplo más típico de esta literatura aljamiada será un manuscrito escrito por Juan Alonso Aragonés, morisco aragonés que, residía en Túnez en el momento de la expulsión pero que antes había vivido mucho tiempo en Toledo, ciudad donde conoció perfectamente la convivencia cristiano- morisca y su complejidad, desarrollando allí gran parte de su “Romance poético”.

Este largo escrito es un testimonio suplementario de la gran cultura del autor, cultura profana y clásica en primer lugar cuando se dirige a España, acusando a los cristianos y la cultura religiosa en segundo lugar, al demostrar su perfecto conocimiento de la Biblia.

Cuerno maldito español  
pestífero como cerbero  
que estas con tres cabezas

e la puerta del ynfierno.

Por diecisiete lugares

de nuestro mesmo evangelio

probaremos claramente

siendo necesario azerlo.

Podríamos ver cómo este autor conoce perfectamente la obra de Cipriano de Valera del que tomará imágenes y recursos estilísticos, por ejemplo, cuando habla de la misa:

Es al fin compusición

que costa de más enredo

que las viejas esclavinas

de miserables romeros.

No hay duda de que en este romance el tono de la polémica que guiará la literatura morisca aljamiada se acentuará en esas frases virulentas, sobre todo, cuando escribe ya fuera de España y acelera su ataque dando curso libre a la diatriba:

Otros de mi patria amada

y sabios respondieron

ansí por lengua latina

como por romance y berso.

No pudiste responder

a las quistiones que yziron

y quereys conmigo agora

también probar los azeros.

Podríamos para finalizar este apartado hacer dos observaciones. En primer lugar la polémica implícita en estos manuscritos aljamiados, a pesar de su aspecto intelectual, se nos presenta como un género de carácter popular; estos manuscritos están destinados al pueblo; los autores que suelen guardar el anonimato en la mayor parte de los casos, no son muy numerosos y tampoco dudan en copiarse los unos a los otros. Se busca ante todo, la eficacia, sin preocuparse por la originalidad. El caso comentado de Juan Alonso es uno de los más interesantes ya que nos confirma que ser morisco es un hecho religioso puesto que, de origen cristiano, es morisco por su conversión.

Además, la presentación de los manuscritos de polémica, nos ofrece en segundo lugar una síntesis de lo que fue la historia de esta minoría. Si los manuscritos aljamiados son el signo de una degradación cultural, los escritos en castellano testimonian una cierta asimilación. Después de la expulsión los autores van a volver a sumergirse en la cultura islámica; comenzarán por traducir al español las obras árabes y luego, según aumenta el conocimiento del árabe, escribirán directamente en la lengua del Corán.

### **Origen y desarrollo del Romancero Morisco.**

Está claro que la guerra de las Alpujarras granadinas, larga y difícil en esencia, fomentó el género del llamado Romance fronterizo donde la equiparación de moros y cristianos ocupaba la parte central del mismo, presentando en gran parte cada uno de los sucesos que allí se describían desde la perspectiva árabe y la idealización del vencido.

Este Romancero fronterizo se basaba en hechos reales o en su noticia, presentando animados cuadros de un proceso con un desarrollo rápido de las acciones que resumen sucesos históricos, pasando a un papel secundario el hecho amoroso como tal.

El Romancero morisco tiene su origen en este Romancero fronterizo, concretamente en su desarrollo a través de la tradición oral y escrita, la cual amplia y rehace ciertos rasgos tales como las enumeraciones y elementos descriptivos que se convertirán en un motivo central de los propios romances moriscos. Sin embargo, a pesar de tener numerosas coincidencias que podremos ir analizando, tanto uno como otro, responden a estímulos y tendencias artísticas diferentes.

Los romances moriscos serán obra de la generación de 1580, formada por siete principales romancistas, cinco castellanos y dos andaluces. El hecho singular de una mayoría de escritores castellanos, cuando la mayor parte del desarrollo del romancero se lleva a cabo en Granada y su extenso reino nazarí, fortalece todavía más la teoría de que esta modalidad morisca tendrá una mayor aplicación en el castellano que admira y valora la belleza de aquel lugar desde su visión exterior y su puesta en práctica al tratar los innumerables aspectos de convivencia entre ese cristiano viejo y ese nuevo. Lo hace, dentro de un espacio al principio hostil y poco conocido como puede ser, La Mancha castellana, al que tiene que adaptarse por obligación como morisco expulsado de Granada (rebelión de las Alpujarras) y su posterior afianzamiento en la sociedad del momento. (Entre los castellanos, Lope, Cervantes, Juan Bautista de Vivar y Vargas Manrique)

Entre estos impulsores del género morisco dentro del romance, destacan Lope de Vega, un castellano y Luis de Góngora, un andaluz, a pesar de que su actitud ante la temática sea radicalmente opuesta.

Vida y literatura confluirán en los romances moriscos. Son “poemas en clave que no podemos descifrar” en cuanto que aluden a la vida sentimental de sus autores. El disfraz morisco encubre los pensamientos de los amantes. Sería imposible dilucidar si

la enorme cantidad de romances que se publicaron como anónimos en los Romanceros se basaban en hechos reales.

El Romancero morisco va a tener un carácter noticioso, ocupándose de sucesos conocidos y de actualidad en una ocasión determinada y prontamente olvidados en la complejidad de los sucesos de una corte. Así, divulgan chismes sociales o enredos de los cenáculos literarios y peripecias amorosas como las de Lope de Vega.

Está claro que este género morisco se va a poner de moda gracias a la pluma de Lope. Sus primeros romances narran las aventuras de Gazul.

Por su parte, Góngora, escribiría muchos menos romances moriscos que Lope y, sin embargo destacarán por las innovaciones que introduce, tal como ese influjo barroco visible en la fusión de *opósitos*, en la riqueza y en la novedad de los *tropos*, por medio de los cuales logrará la expresión condensada.

La actitud de Góngora, desde el punto de vista estético, frente a la renovación del género romanceril era distinta de la de Lope y, podríamos añadir, de mayor envergadura. Góngora ampliará los temas del Romancero, basándose en la realidad histórica de los propios moriscos contemporáneos, en su experiencia personal y en esas otras formas de poesía culta que determinarían el ennoblecimiento del género y el enriquecimiento de sus medios estilísticos.

Encontramos, por tanto, una fuerte rivalidad entre este poeta andaluz que no veía con buenos ojos esa artificiosidad y manierismo aplicado por los castellanos en esa visión de Granada y que le enfrentaba al propio Lope cuando éste vertía en sus poemas su biografía sentimental, todo ello bajo un disfraz morisco.

Esa expresión condensada de Góngora que logra mediante la *metonimia*:

Entre el cuchillo y la cuna

interpuso Bahamet

la parte del capellar  
que le bastó a defender.

En su duro enfrentamiento a Lope de Vega, Góngora hace un esfuerzo denodado que le hace merecedor de un elevado concepto literario en su tratamiento del género. Hasta tal punto que en su actitud se observa una crítica seria de lo morisco y nos da una visión burlesca en sus romances satíricos. Por ejemplo cuando dice “ensílleme el asno rucio” queriendo parodiar a su enemigo literario cuando decía, “ensílleme el potro rucio”. En el romance de Góngora el carácter burlesco satiriza todos y cada uno de los motivos que componen el argumento del romance de Lope, y que pertenecen a la tradición morisca. El resultado es una caricatura del asunto lopesco.

**La localización geográfica del Romancero morisco** nos viene dada por las prácticas bélicas y la rica indumentaria. Los romances moriscos, como la llamada literatura fronteriza, desarrollan sus historias en el mismo marco geográfico y temporal: la ciudad de Granada y su reino.

No hay duda de que la belleza que desplegaba la ciudad de Granada era el caldo de cultivo más apropiado para su desarrollo al cantar las excelencias de la propia ciudad y las costumbres y hábitos del caballero moro y sus relaciones amorosas.

La belleza de aquel lugar fue por todos los que la vieron un punto de inflexión y coincidencia, pues hasta el mismo Juan II y su éxtasis ante las bellezas que observaba y que despertarían su codicia como la del Gran Condestable de Castilla, el cañetero Alvaro de Luna, cuando en una de sus entradas pudo contemplar la ciudad que, desde la lejanía, “le deslumbraba por su belleza”, haciéndole desear su conquista en el año 1431.



Lope, en sus romances moriscos que describen sus peripecias amorosas exalta la ciudad granadina aun antes de haberla visitado, a partir de la tradición poética que sobre este tema ofrecía el propio Romancero:

...y en llegando a un claro arroyo  
vuelve airada la cabeza,  
y a la inexpugnable Alambra  
dice Muza con soberbia.

Pero habrá otras ciudades como elementos de ubicación geográfica dentro del género morisco. Está claro que las que aparezcan serán lugares con una fuerte significación emotiva en la que los héroes las contemplan, nostálgicamente desde la lejanía, o por ser lugares que van a formar parte de su nuevo destierro. Así, desde la distancia, las ciudades resultarán exaltadas cuando los héroes siguen con la mirada los edificios, familiares para ellos, que componen la ciudad de la que se alejan. En otros momentos, las ciudades constituyen el escenario guerrero donde se enfrentan moros y cristianos; incluso los ríos estarán dotados de alto significado de carácter emotivo y sus riberas constituirán el escenario donde héroes enamorados y no correspondidos pasean sus desdichas.

Esto nos lleva a nuestra ciudad más castellana, Toledo y el río Tajo. Ésta localización será la más frecuente después de la bella Granada dentro del Romancero morisco. En esta ciudad castellana, maravilla monumental, se celebraban los juegos de cañas que describiremos adelante, “ocho a ocho y diez a diez” y “Azarque, bizarro moro” (Fuentes II y IX); Toledo aparecerá exaltada a través de los ojos de Jarife que la contempla desde la Vega en ese romance de “en la Vega está el Jarife” admirando a su Alcázar. Los moros desamados se acercan al río para desahogar sus penas, como

Abenamar que, desde las riberas del Tajo, lanza sus quejas a la Vega toledana o, tal vez, Aliatar, que se destierra voluntariamente a un monte cerca del propio río.

Otras ciudades de nuestra Mancha también ocuparán espacio en esta primera etapa del Romancero morisco, etapa que marca la singularidad de su definición y concreción. Lugares fronterizos o espacios geográficos que determinaron enfrentamientos armados entre moros y cristianos, después compleja convivencia entre los convertidos de moro y los cristianos viejos, sirviendo de hogar de amores y desamores. Así es el caso de Molina de Aragón donde sus calles, murallas y aljamas sirvieron de hogar de numerosas hazañas amorosas que en venganzas y deshones libraron familias entre sí. En Molina hay dos claras referencias dentro de las Fuentes del Romancero, “Batiéndole las hijadas” (Fuentes IV) y “El alcalde de Molina” (Fuentes IV).

La proximidad toledana marcaba la influencia en historias comprometidas. La villa de Ocaña, tan histórica como su caballero, era foco de atención para el género morisco. En este lugar, se encontraba el desterrado Azarque, “Azarque vive en Ocaña” (Fuentes II), sirviendo después de paso para su marcha hacia Toledo y allí celebrar sus zambras y juegos de cañas cuando el romancista anónimo de “Toquen aprisa a rebato” alude al adorno de calles y a la presencia de las damas en los balcones,

Cuélguese todas las calles  
de brocados, varias sedas,  
no quepan en los balcones  
damas, que salgan bellas.

### **La temática. El amor y su sentimiento entre el baile y la indumentaria.**

Las diferencias existentes entre el fronterizo y el morisco han permitido poder hacer una perfecta calificación de uno y otro, y a su vez, poder hablar con total entidad de un género, específicamente morisco, dentro del Romancero General. Entre estas diferencias, la temática y su personalismo en aspectos muy característicos de su cultura nos ayudan a mantener esa clasificación, por otro lado, muy significativa.

Hay, sin duda, un claro objetivo que define a uno y al otro. Mientras en el fronterizo, el objetivo era avivar el espíritu de la Reconquista; en el morisco, el objetivo era narrar una serie de historias, con base real o sin ella, sobre el mundo sentimental de sus autores, transpuesto a los personajes. Es, por tanto, éste último, una narración puramente lírica que se dedica a describir fiestas y a enumerar los elementos que componen la indumentaria de los propios personajes, en gran parte con terminología árabe.

Por ejemplo, uno de los bailes más comunes y centro de relato romanceado era la zambra, citada en párrafos anteriores, la cual aparecerá muy repetida en el Romancero morisco.

Este baile cuyo término significa “instrumentos musicales” se documenta por primera vez en 1586 con Luis de Góngora. Es un baile muy singular que representa una característica del mundo morisco y de la vida cortesana granadina. Cuando se exalta a los caballeros moros como cortesanos, se pone de relieve su habilidad para bailar la zambra. Por eso, cuando empiezan a aparecer los romances satíricos de lo morisco, sus autores piden la prohibición de estos bailes en tanto en cuanto son elementos del mundo

morisco. Aquí tenemos un claro ejemplo de cómo este tema, al realzar el papel cortesano del moro, es habitual en numerosos romances de este género:

Después de tantos trofeos  
que me dio la bella Zara  
haciéndome mil favores  
en los juegos y en las zambras.

(vv.13-16, 254v., Fuentes VI)

Este baile es un lugar de encuentro de los enamorados. Los caballeros acudían a estos bailes para poder ver a sus amadas y pretenderlas. Ellas, a su vez, también lo aprovechaban para ofrecer sus favores. Constituye este baile una expresión de alegría y placer o en algunos casos, sirviendo como telón de fondo sobre el que se desarrollan las anécdotas narradas en muchos romances.

Muy comunes fueron los encuentros de moriscos en lugares de la Mancha toledana muy dados al baile costumbrista que por allí era tradicional. Se documenta como en el Toboso o Quintanar de la Orden, “*se celebraban las bodas con mucho estruendo entre los reunidos y constantes bailes, sobre todo la zambra que se hacía entre hombres y mujeres.*”

El autor del romance morisco basa su realidad en ese fluir de la vida hacia la literatura y de la literatura para condicionar la vida. Aquí tendríamos el claro ejemplo de Lope de Vega, cuya vida es el máximo exponente de esta relación entre vida y literatura. Relación que aviva aspectos propios dentro de ese marco social en el que se desenvuelve y en el que la literatura debe constituir el eje fundamental de su contenido.

Por ejemplo, aquí el tema amoroso, del que hablaremos más adelante, sí será fundamental en muchos de ellos, pues en el romance morisco los sentimientos de tipo

emotivo, amoroso y cortesano de los personajes forman ejes centrales de la trama ayudados de otros elementos anecdóticos inventados y a veces, construyendo sobre ellos prolijas descripciones imaginarias. En muchos casos, hay una amplia gama sentimental: amores no correspondidos, celos, desdenes, favores, celestineo, etc.

Uno de los hechos curiosos dentro del análisis realizado sobre los intereses del romance morisco, está en el traje. Aparecerá una moda dentro de la sociedad cristiana de vestir a lo moro cuando el morisco tiene ciertas dificultades en mantener su propia vestimenta en cada lugar de residencia.

Por otro lado, el romance morisco nacerá siguiendo una moda cristiana de vestirse y comportarse, en fiestas y torneos, a lo moro. Destaca de esta manera por una rica ornamentación que supone la exacerbación de algunos motivos que ya apuntaban en los romances del siglo XV.

Podríamos analizar antes cómo hay ciertas discrepancias en el tema de los trajes cuando algunos moriscos como el caso de Nuñez Muley afirman que: *“nuestro hábito, sobre todo en el caso de las mujeres, no es de moros; es traje de provincia como en Castilla y La Mancha cuando se usa para diferenciarse las gentes en tocados, en sayas y en calzados: Porque el hábito y el traje y calzado no se puede decir de moros, ni es de moros.”* Esta afirmación es un contrasentido en la costumbre que algunos cristianos adoptaran al vestirse al estilo moro en fiestas y celebraciones, y que aparecerá como tema de romances.

Sin embargo, está claro que estos comentarios que daba el viejo letrado morisco, Nuñez Muley, no convencían porque estaba claro entre sus usos y costumbres cómo la vestimenta ocupaba un lugar especial y así lo hacían ver cuando podían. Mármol nos dice cómo, cuando se casaban los moriscos, llevaban a las novias a la iglesia, vestidas a

la cristiana (mejor dicho: vestidas de cristianas) por imposición de los curas, mientras que luego en la casa, las desnudaban, las vestían de moras y “hacían sus bodas a la morisca” con instrumentos y manjares de moros. Es decir, que entre el sacramento de la Iglesia y el traje de cristiana vieja o española en general del siglo XVI se establece, tácitamente, un nexo igual al que se establece entre el rito moro matrimonial y ciertos vestidos, bailes y comidas. Para el hombre común, más si cabe aún para la mujer, tan sintomático era llevar una forma de collar o anillo, como creer en la eficacia de una oración. Así se hacía en lugares como Ocaña de Toledo y Cañete en Cuenca, *“cuando la hija de un tal Ventayre, morisco llegado de Granada, casóse con un tal Diego de Moya, hijo de labrador acomodado y vecino de las Tierras de Moya.”*

Habría que hacer, sin duda, algunos comentarios necesarios en cuanto a las costumbres se refiere. Es lógico pensar que la mujer dentro del mundo musulmán ocupa un espacio reducido que en estos casos, obliga a un ensalzamiento provocado por el objetivo buscado en esos romances de género morisco.

A pesar de la conversión, la familia morisca tenía claramente definida su estructura y bien delimitados los roles de cada elemento de la misma. A pesar de las exigencias de la conversión, en algunos casos asumieron esa condición y en otros muchos, dentro de las familias que habían decidido tomar falsas posturas salieron, generación tras generación, individuos que se rebelaron contra ellas, de suerte que, pese a todos los encubrimientos, puede decirse que durante los sesenta años y pico que los moros granadinos vivieron en su tierra con el carácter de “moriscos” disimuladores, las viejas instituciones, usos y costumbres los dominaron con fuerza, aunque tal vez empobrecidas en su calidad y dignidad. En La Mancha, después de las Alpujarras, las familias tuvieron una mayor dificultad para mantener sus usos y costumbres coránicas y

en muchos casos, fueron tremendamente advertidos de sus infracciones. Sin embargo, los moriscos que conservaban una celosa memoria de sus linajes y genealogías, seguían en todo la organización patriarcal islámica y honraban grandemente a los ancianos, teniendo los padres atribuciones omnímodas sobre sus descendientes.

No era raro, incluso en muchos pueblos de La Mancha que, los moriscos pobres vendieran como esclavos a sus hijos e hijas en caso de apuro, y las mujeres, fuera del hogar, significaban muy poco. (*“En las solemnidades y fiestas mayores se congregaban, sin embargo, toda la parentela, incluso las mujeres, que se colocaban de modo prescrito por el uso, en último lugar.”*)

Cierto es, que la mujer medieval siempre estuvo marginada por la legislación medieval y obligada a reconocer la preeminencia del varón, realidad incluso que ha pervivido hasta nuestros días en numerosos aspectos, por ejemplo en la sucesión de títulos nobiliarios, incluyendo la Corona de España, a la que sólo “puede acceder la mujer si no hay heredero varón”.

Tal es así, que no era de extrañar que el nacimiento de una mujer en la sociedad cristiana medieval no fuera bien recibido o, al menos, no causase la misma alegría que el nacimiento de un varón. Así lo expresa claramente el refranero cuando en algunos casos admiten a las hijas porque podían ser útiles como ayuda, o cuando dice el refrán:

Suelen por hijas venir  
a los padres tantos males  
que en menos tienen sufrir  
verlas temprano morir  
que esperar a trances tales,  
porque la hija que está

sepultada en la niñez  
bienaventurada va  
y a sus padres no dará  
trabajos en la vejez.

El morisco, por otro lado, además de conservar celosa memoria de sus linajes y genealogías seguían en todo la organización patriarcal islámica, pero pese a lo severo de su trato y al estatuto inferior de hijos y sobre todo, de hijas y mujeres (para ellos, las mujeres fuera del hogar, significaban muy poco), celebraban con fasto los acontecimientos familiares, tales como nacimiento y bodas, tanto dentro del Cristianismo cuando convertidos, como al Islam antes y después del hecho.

Tanto de Moro y Morica  
como mimbres en mimbrera  
y juncos en la junquera.

Es tal, por tanto, la consideración que la mujer podía tener en el romancero morisco respecto al romancero cristiano que no solo era ensalzada en aquellos fastos donde la vestimenta y la ornamentación lo permitían:

Y la morisca tendera  
que solía fregar platos,  
saca barretas de plata  
en los chapines dorados,  
con gran vestido de seda  
collaretes extremados  
y gran cadena de oro



eslabones esmaltados.

(Durán II, páginas 190-192)

Mientras que en el romancero cristiano existía un rechazo general contra el embellecimiento artificioso de la mujer, contra los caros ropajes y su exhibición pública, (seguramente por el miedo del varón a arruinarse o a perderla):

No es posible que uno pueda  
dejar lo que Dios le ha dado  
porque vestida de seda  
la mona, mona se queda  
aunque fuese de brocado.

Así, la mujer cristiana se defiende de las acusaciones de los moralistas y refraneros, afirmando que se acicala para no perder al marido y ha de saber éste que, si no pone freno, será él quien pierda a una mujer que se pinta y arregla para atraer a otros hombres, pues sabido es que, diga lo que diga, la mujer se adorna para salir de casa.

Tal es el rechazo en la sociedad cristiana al embellecimiento artificioso que aparece en numerosos romances con descripciones detalladas intentando reflejar esa condición: “Moza galana, calabaza vana...”

Por otro lado, se esfuerzan en la lectura moral de que toda doncella aprenda a elegir sus amistades y acompañantes, puesto que “Dime con quien andas, decirte he lo que haces o Díme con quien vas”, incluso en esa costumbre de los cortesanos que besan y toquetean a las damas al ayudarlas a montar y los villanos también –siempre que la moza lo consienta y dentro de sus posibilidades- para no hacer el ridículo, pues “Quien carga y no abraza, corrido sale a la plaza”:

Cuando la ayuda a cargar  
el mozalvillo a la moza  
procura de la abrazar  
y ella no toma pesar  
porque la abraza y retoza.

En la sociedad morisca se cuida mucho más esos aspectos, mantienen el trato y alaban a la mujer en sus aderezos y adornos.

En los moriscos, era una costumbre muy determinada en su cultura el gran valor dado a su indumentaria, a los adornos y a las joyas como característica de su personalismo. Así sucedía con el uso simbólico del color en la indumentaria para la expresión de los estados anímicos, algo que no hacían los cristianos. Los colores utilizados por héroes o heroínas moros como el morado, verde, amarillo, azul, leonado, pajizo, negro, blanco, naranja, rojo, pardo, dorado y plateado tenían un significado según el contexto –siempre relativo al sentimiento amoroso- en el que se utilizaban:

Porque salió de amarillo,  
que es color desesperada,  
azul que denota celos  
morado, que muere el alma.

(Fuentes III)

Aparece el amor. Ese análisis de la pasión amorosa, el tema del bien pasado frente al mal presente, el dolor de la ausencia, la fidelidad del amante, ese retrato del ser amado, que constituirá una doctrina sobre la belleza y el amor.

En todo romance morisco se narran las aventuras y desventuras amorosas de sus anónimos autores, constituyendo la poesía de una edad “chismográfica” en oposición a

la heroica de su precedente, el Romancero fronterizo. Aquí no hace falta poner de relieve el heroísmo de los individuos o de las colectividades sino centrarse en ese tema sentimental donde el caballero aparece adornado de las más altas cualidades: nobleza de espíritu, fidelidad y lealtad a su amada, valiente y esforzado en las competiciones deportivas. Será, sin duda, una rivalidad en hechos de trascendencia amorosa y no en hechos de carácter bélico, el eje que lo definirá.

De esta manera, los nuevos romancistas aprovecharán para narrarnos las desgracias amorosas suyas o las de las personas a las que quieren halagar o servir, pasando fácilmente a la invención de los hechos si el romance se escribe para ser impreso.

Por otro lado, ocupará parte central del Romancero ese sentimiento amoroso que se desarrollará dentro de la sensibilidad y tópicos literarios de la época, de manera que el género se convertirá, en virtud del tratamiento que reciba este tema amoroso, en un crisol de las distintas corrientes que confluyen en la formación de la lírica amorosa del XVI.

Ya en la poesía cancioneril cristiana del siglo XV, incluso un poco antes, el amor “vive en un estado de antítesis paradójicas” y en otros, se manifiesta con crudeza frente a la viudez, la primera manifestación amorosa. Ejemplo este romance de la sociedad cristiana:

Dicen que no hay tal amor  
como fue el amor primero  
porque tiene más sabor  
y comienza con hervor  
lo que no es en el postrero.

Está claro que en el romancero morisco el sufrimiento y el desamor son elementos claves en una gran mayoría de romances, ya que ese sentimiento en el morisco no tiene un carácter de gozo y alegría como puede suceder en el cristiano sino de pena y sufrimiento:

Y no más, mi dulce alcalde  
no seréis más mi cautivo

(Fuentes VI)

Los mayores imposibles  
amor deshace y allana,  
porque es como el rayo fuerte,  
que lo más fuerte quebranta.

(Fuentes XI)

Por eso, los moriscos prefieren el llanto, las lágrimas, los suspiros que conforman ese amor-tristeza proveniente del petrarquismo y que encuentra una gran resonancia en la lírica renacentista.

El desamor o el desdén en sus amantes ocupan numerosas páginas de esta manifestación como ese elemento representativo de la huida del amante desesperado en busca de la soledad de las montañas y su penitencia amorosa lejos del mundo civilizado, tópico que logrará ocupar páginas enteras de la literatura del otoño de la Edad Media.

Mientras, en la sociedad cristiana, la mujer sigue ocupando ese plano secundario, vilipendiado y sarcástico la mayoría de las veces y así se romancea:

Quien mira en estos primores  
dicen que en comer y amar  
las sopas y los amores

los primeros son mejores  
porque es dulce el comenzar,  
en ese intento de resaltar a la segunda mujer (viuda) en lugar de a la primera esposa  
("La primera mujer, escoba y la segunda, señora")

En el Romancero morisco tiene alta cabida las manifestaciones del sufrimiento amoroso en ese lamento por el bien pasado y el mal presente. En muchos casos, la morisca viuda se queja profundamente por la pérdida de su marido:

Llora su pérdida y daño  
y la gloria ya pasada  
en la memoria presente  
para hacer mayor la falta.

(Fuentes VI)

En esa huida del amante desesperado que antes citábamos se encuentra esa escena en la que Aliatar se destierra voluntariamente de Ocaña por rivalidades con los parientes de su amada, y se refugia en un monte silvestre dispuesto a morir o a ser aceptado por ella.

La frustración amorosa, que tiñe de tragicismo la vida de los personajes, es el tema más frecuente de los romances moriscos. La no correspondencia en el amor se manifiesta a través del desdén y los personajes desamados se explayan en una serie de quejas y reproches.

Ya en la poesía cancioneril del siglo XV el amor "vive en un estado de antítesis paradójicas". De la misma forma se manifiesta en la lírica culta del siglo XVI, donde es muy frecuente la antítesis "fuego/hielo":

Los miembros yertos y fríos  
Abrasa en ardientes llamas  
Dando ene sto clara muestra  
Que ella en las de amor se abrasa.

(Fuentes VI)

Mientras que en el Romancero cristiano es muy común la referencia a la viudez de la mujer, “liberada del marido”:

Deja el difunto marido,  
la mujer rica y hermosa  
de quien vivo fue querido;  
queda algún rato llorosa  
y él presto queda en olvido.

No así, en el romancero morisco donde hay una frustración amorosa y un deseo de muerte para complacer a la amada, aspecto que ya apareciese en la poesía provenzal, de donde se pasa a la poesía popular de los siglos XV y XVI y a la lírica culta del XVI.

¡Oh! cómo tendrán mis huesos  
la tierra por blanda cama,  
si ha de valer mi muerte  
para vivir descansada.

(Fuentes IV)

A modo de conclusión diremos que la visión amorosa del Romancero morisco procede de la conjunción de todas las corrientes que forman la lírica amorosa del XVI:

una visión idealizada del amor, cimentada sobre un anhelo de belleza y sufrimiento, que procede fundamentalmente del petrarquismo y neoplatonismo.

Las damas del Romancero morisco se distinguen por su convencionalidad y recuerdan a las cortesanas renacentistas. Principalmente sobresale la belleza, y aparecen como seres casi inaccesibles. La génesis de la dama mora se produce por la interacción de dos tradiciones: la oriental en la que la mujer se halla recogida y apartada del mundo exterior y la europea medieval, que tiene su origen en el amor cortés y se manifiesta en los cancioneros del siglo XV y en la novela sentimental.

La dama mora es vana, veleidosa e interesada. Lo que más le importa es el status social del caballero. Por otro lado, la descripción física femenina es poco frecuente aunque hay algunos romances que exaltan la hermosura que la mayoría de las veces se trata de una descripción física convencional aplicable a la mayor parte de las mujeres moras:

Tiene Fátima en los ojos  
Paraíso de las almas,  
Y son sus rubios cabellos  
Del rico metal de Arabia,  
En cuyos lazos anuda  
Las almas más libertadas.

(Fuentes II)

Está claro, que la mujer es, en el trato, la que provoca más refranero y forma parte de esa cultura social de todas las civilizaciones.

Es curioso, el contrasentido que apreciamos en la definición exterior del prototipo de la mujer morisca en cuanto a sus rasgos físicos. Curiosamente las damas

moras y por ende, las moriscas, se describen detalladamente como rubias y de piel blanca, lo que supone una transposición de la convencional belleza española al mundo árabe. En ello, está la clara apreciación que tiene el moro granadino y luego el moro español en cuanto al desprestigio que podría suponer el color oscuro de la piel para su dignificación social.

Ojos claros, cejas rubias,  
al vivo se le presentan,  
lanzando rayos los ojos  
y flechas de amor las cejas.

(Fuentes VI)

El hecho de ser morena desmerecía en una dama morisca, tópico que se halla en el Cancionero Popular. En el romance “Después que con alboroto”, tras elogiar la belleza de Fátima y Jarifa, ambas rubias y de piel blanca, se compara a Zara con ellas:

Y aunque en su comparación  
es algo morena Zara,  
en discreción y donaire  
a las demás se aventaja.

(Fuentes II)

Las damas deben someterse a la voluntad de su padre o del rey y se comportan como las cristianas, aunque en algunos casos las diferencias sólo quedan en el romance.

Si en las moriscas, la mujer es tratada con el cuidado de su rango y su status familiar en muchos casos, alabando su belleza y cuidando su pudor, en las cristianas hay mucha rigurosidad en la educación de la niña, por cuanto debe acostumbrarse a hablar poco, sólo cuando se le pregunte y en voz baja, y a no reír a carcajadas; tendrá los ojos



fijos en el suelo, no mirará a los demás a la cara, no jugará con niños ni aceptará nada que le den ni, sin permiso de la madre, jugará fuera de casa; no está bien que diga mentiras ni que pase las horas en la ventana para ver o hablar con quien pase por la calle pues como dice el refrán:

Hay otra señal muy cierta  
de ser liviana la moza:  
Estar cubierta y descubierta  
en la ventana o a la puerta  
y que con todos retoza.  
Y lo que de ella se espera  
es lo que dice el refrán:  
Que la moza ventanera  
ha de ser puta y parlera  
con cuantos vienen y van.

Curiosamente el balcón aparece como elemento fundamental en la arquitectura moruna, tanto como elemento estructural de vital importancia decorativa como aspecto significativo en la estructura temática de su Romancero. Por ejemplo, la dama mora tiene una actitud pasiva –bordando en sus aposentos, asomada a su balcón, siempre esperando- frente a la actitud activa del caballero, que participa en las fiestas y cabalga arrogante por la ciudad. En el Romancero morisco el balcón, ventana o mirador, se convertirá en un tópico recurrente, pues a través de él se comunican los amantes, y desde él las damas, siempre en espacios interiores, observan el mundo exterior. Cuando se asoman, no estarán tan mal vistas como las cristianas del romancero medieval.

Cuélguese todas las calles  
de brocados, varias sedas,  
no quepan en los balcones  
damas, que salgan bellas.

( vv. 22-25. 107)

Ventana, divino cielo,  
en cuyas hermosas verjas  
vi cautiva mi esperanza  
que mi libertad espera.

(Fuentes IX)

Por último, quisiera hacer referencia al *Maestre de Calatrava* como ese personaje cristiano que aparecerá con más frecuencia en el Romancero morisco.

Aunque los testimonios históricos del Maestre son muy escasos si los comparamos con los que nos ha dejado el Romancero general: una de sus primeras aventuras fue el ataque a Ciudad Real- no siendo aún vasallo de los Reyes Católicos-, donde saldría vencedor y matará a sus oponentes, sí que en los romances moriscos la figura de este personaje histórico aparece como el símbolo de la valentía y con él medirán sus fuerzas los Abecerrajes (Fuentes IV). El Maestre y sus hombres son considerados como los mejores adversarios guerreros, por tanto entre los moros no puede preciarse de buen guerrero el que no haya vencido al Maestre.

Hay dudas en el nombre del Maestre aunque nosotros nos decantamos por Don Rodrigo Téllez Girón, el mismo que cantan los romances cristianos:

¡Ay Dios, que buen caballero –el maestre de Calatrava¡

¡Cuán bien corren los moros- por la vega de Granada¡

Con su brazo arremangado –arroja la su lanza,  
Aquesta injuria que hace - nadie osa demandilla;  
Cada día mata a moros –cada día los mataba,  
Vega abajo, vega arriba -¡oh, como los acosaba!

El mismo personaje que en el Romancero morisco se comporta de forma cortés con los moros, e incluso hace amistad con alguno de ellos. El Maestre de Calatrava, en traje morisco, ayuda a su amigo el moro Muza en el rapto de su amada Sarracina (Cuando las veloces yeguas- Fuentes IX); el joven Maestre, “mallogrado mancebo”, muere en brazos de su amigo Muza, y preocupado por la salvación de éste, le insta a que se convierta al Cristianismo (Mira el cuerpo casi frío. Fuentes V).

Este Maestre de Calatrava, sobrino del Marqués de Villena, el conquense Juan Pacheco, intervino en el hecho de Fuenteovejuna y significó un importante papel en toda la Castilla manchega, feudo de su Orden y recreo de sus avatares. Su vinculación a La Mancha le hizo acreedor de grandes virtudes y su nobleza fue también resaltada por los propios moros, tal como anteriormente se ha comentado, formando parte de romances de ese Romancero morisco estudiado.

### III.- EPÍLOGO.

Como **conclusión**, observar que el trabajo aquí expuesto pretende hacer un estudio del propio Romancero morisco, analizando su entidad propia dentro del Romancero General en base a las diferentes apreciaciones temáticas y a la singularidad que representa el momento de su evolución, momento de convergencia de distintas corrientes literarias, al entrecruzarse elementos renacentistas, manieristas y barrocos.

De entre todos los influjos estilistas literarios, el renacentista es el más valorado al manifestarse en el análisis del sentimiento amoroso, tema central del género y que yo he pretendido aquí resaltar. Este sentimiento amoroso muestra en su configuración aspectos procedentes de las distintas corrientes que confluyen en la formación de la lírica amorosa del siglo XVI.

Sin embargo, sí que es verdad, que podemos hablar de ambigüedad conceptual en este grupo de romances aunque tenga en muchas partes de su evolución un sentido bastante unitario, visible principalmente en los romances que combinan narración y monólogo. Así pues, el género se desarrolla entre dos corrientes líricas: la culta, representada por el uso intenso de elementos retóricos, y la tradicional, representada por las fórmulas, algunas heredadas del romancero fronterizo y otras nuevas apuntando a un deseo de simplicidad coloquial.

Lo cierto es que, este Romancero morisco alcanza una entidad propia determinada, significando un trato diferencial en aspectos temáticos que le hace, si cabe,

todavía más importante para conocer la estructura social de un momento importante de la historia de España.

Mi intención a la hora de establecer comparaciones en el papel de la mujer, el sentimiento amoroso, las figuras del entorno y el propio refranero popular, entre la sociedad cristiana (cristianos viejos) y la sociedad morisca (cristianos nuevos) pretende profundizar en el factor conceptual de esta minoría, su ubicación geográfica, su convivencia, sus diferencias culturales y su diferente manera de vivir el espacio social en el que estarían ubicados, voluntariamente al principio y obligadamente después de los problemas de las Alpujarras y su deportación a tierras castellanas, sobre todo a La Mancha.

Como ensayo de carácter social, este estudio, parte de un análisis de la propia minoría como tal, su cultura y su espacio geográfico, para llegar a determinar la singularidad del propio Romancero morisco como parte de esa Literatura hispana gracias a la fuerza con que arraigó el género y su rápida difusión, debida en gran parte, a la predisposición de la época, fascinado por el prestigio literario de la ciudad de Granada y de sus habitantes. A la atracción de este prestigio, prontamente idealizado, contribuyeron el estímulo literario del género fronterizo, antecedente del morisco, el recuerdo de la no muy lejana guerra de Granada (La guerra más poética que conocen los anales del mundo moderno) y la presencia real de Granada con sus maravillas arquitectónicas.

La rebelión de las Alpujarras provocará la extensión y difusión de este género, que alcanzará una nueva dimensión, al adaptar su estructura a los nuevos campos de influencia de La Mancha y otros lugares de Castilla que determinarán su continuidad, su posterior evolución y sus características personales y propias. Esta ha sido la intención y éste es el trabajo que ofrezco.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Aguilar, Gaspar de: *Expulsión de los moros de España por la S.C.R. Majestad del Rey Don Felipe III*. Biblioteca Nacional. R 12.484. Madrid.
- Alvar, Manuel: *Granada y el Romancero*. Granada, 1956.
- Arco, Ricardo del: *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Madrid, 1942.
- Artigas, Miguel: *D. Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*. Madrid, 1925.
- Boronat y Barrachina, P: *Estudio españoles y su expulsión. Estudio histórico y crítico*. 2 volúmenes. Valencia, 1901.
- Bunes, Miguel Ángel de: *Los moriscos en el pensamiento histórico*. CÁTEDRA. Madrid, 1983.
- Caro Baroja, Julio: *Los moriscos del reino de Granada*. ISTMO. Madrid, 1976.
- Carrasco Urgoiti, S: *El moro de Granada en la literatura*. Madrid, 1956.
- Correas, Gonzalo: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Madrid, 1924.
- Danvila y Collado, M: *La expulsión de los moriscos españoles*. Madrid, 1889.
- Durán, Agustín: *Romancero General*, I, II, en B.A.E., X, XVI.
- Fernández y G. Franc: *De los moriscos que permanecieron en España después de la Expulsión decretada por Felipe III*, de Revista Española XIX. Madrid, 1871.
- García Valdecasas, A.: *El Género morisco. Fuentes*. UNED. Valencia, 1987.
- González, Tomás: *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*. Madrid, 1829.
- González Palencia, A: *Cervantes y los moriscos*, en Boletín de la Real Academia, XXVII. Madrid, 1947.
- Hurtado, J: *Historia de la literatura española*, 6 edición. Madrid, 1949.
- Janer, Florencio: *Condición social de los moriscos, causas de su expulsión, y consecuencias que ésta produjo en el orden económico político*. Madrid, 1857.

Las Fuentes del Romancero General de 1600. Edición de A. Rodríguez Moñino.

*Fuentes de la I a la X. Recopiladas por Rodríguez Moñino.*

- Lapeyre, H.: *Geografía de la España morisca.* París, 1959
- Levy Provençal, E.: *Moriscos, Enciclopedia del Islam.* Leydem, 1936
- Longas, Pedro: *Vida religiosa de los moriscos.* Madrid, 1915.
- Mármol Carvajal, Luis: *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada* B.A.E. XXI.
- Martínez Ruiz, J.: *Léxico de origen árabe en documentos granadinos.* Revista de Filología Española XLVIII. 1965.  
*Fuentes inéditas del léxico hispano-árabe* Revista de Filología Española.  
*La indumentaria de los moriscos, según Pérez Hita y los documentos de la Alambra.* Cuadernos de la Alambra. 1967
- Pignos, J.: *Una Geografía de la España morisca.* Cahiers de Tunisie, 14. 1966
- Ramillete de flores. *Quinta parte de flor de romances, recopilados por Pedro de Flores.* Lisboa, 1593.
- Ribera, Julián: *Manuscritos árabes y aljamiados de la Biblioteca de la Junta.* Madrid, 1912.  
*Instancias para la expulsión de los moriscos.* Barcelona, 1612.
- Valencia, P.: *Tratado acerca de los moriscos de España.* BNM. Mss. 8.888
- Villegas, Antonio de: *Historia del Abecenraje y la hermosa Jarifa,* en B.A.E. III
- Vincent, B.: *La expulsión de los moriscos del reino de Granada.* Anales de Demografía Histórica. Melanges de la Casa de Velásquez. 1970.
- Vilar, Pierre: *El tiempo del Quijote. Historia de España. Crecimiento y desarrollo.* Madrid, 1974.